



## XVI

AL día siguiente al regresar del cementerio y después del entierro, almorzó Pedro solo en su cuarto, reservándose para más tarde el despedirse de *donna Serafina* y del cardenal. Se marchaba de Roma por la noche en el tren de las diez y diecisiete. No le detenía ya nada y no le quedaba que hacer más que una visita imprescindible, deseada por su corazón, la última visita al anciano conde Orlando, al héroe de la independencia, al cual había hecho la promesa de no regresar á París, sin ir antes á celebrar con él una larga entrevista. A eso de las dos mandó á buscar un carruaje de punto y este le llevó á la calle del Veinte de Septiembre.

Había estado lloviendo toda la noche con una lluvia menuda, cuya humedad envolvía toda la ciudad con un vapor gris. Esa lluvia cesó pero el cielo continuaba aún muy encapotado, y los grandes palacios de

la calle del Veinte de Septiembre tenían, bajo ese cielo de Diciembre, fachadas sombrías, lívidas de interminable melancolía, con sus balcones todos iguales, sus hileras de ventanas regulares que no acababan nunca. El ministerio de Hacienda sobretodo, es decir, aquel enorme amontonamiento de albañilería y de esculturas, adquiría con semejante luz una apariencia de ciudad muerta, la tristeza infinita de un gran cuerpo exangüe del que se había retirado la vida. La lluvia dulcificó el aire y hacía casi calor, una tibieza húmeda de fiebre.

Al llegar al vestíbulo del hotelito de Prada, quedóse muy sorprendido Pedro al encontrarse con cuatro ó cinco señores que se quitaban los abrigos. Un criado le dijo que el señor conde tenía una reunión con unos contratistas y destajistas; pero que puesto que el señor abate iba á visitar al padre del señor conde, no tenía que hacer más que subir al tercer piso, y ahí dirigirse á la puertecita que había á la derecha del descansillo.

Pero al llegar al primer piso se encontró Pedro bruscamente cara á cara con el conde de Prada que recibía á sus destajistas. Y se cercioró de que, al reconocerle, se ponía horrorosamente pálido. Después del drama espantoso no se habían vuelto á ver. El presbítero comprendió inmediatamente que su mirada producía una turbación muy grande á aquel hombre, que suscitaba recuerdos importunos de complicidad moral y de mortal inquietud por haber sido adivinado.

—Venís á verme, ¿tenéis que decirme alguna cosa?

—No, me marchó y vengo á despedirme de vuestro padre.

La palidez de Prada fué en aumento y un estremecimiento agitó todo su rostro.

—¡Ah! ¡Es por mi padre! Está muy delicado... tratadle con miramiento.

Y en su angustia confesaba claramente, á pesar suyo, todo lo que temía, una palabra imprudente, tal vez una postrera misión, la maldición de aquella mujer y de aquel hombre á los que había matado. Si había algo de eso, su padre se moriría también con seguridad.

—¡Ah! ¡Cuánto lo siento y cómo me contraría el no poder subir con vosotros! Pero estos señores me están esperando... ¡Dios mío, que contrariedad! En cuanto pueda iré á reunirme con vosotros, ¡oh! En seguida... inmediatamente.

No sabiendo como detenerle, era preciso que le dejase que se encontrase á solas con su padre, mientras que él tenía que estar clavado allí por sus negocios y contratos que iban de mal en peor. ¡Y con qué mirada de angustia le contempló mientras subía, y cómo le suplicó con todo su extremecimiento! ¡Su padre, el único cariño verdadero, la gran pasión pura y fiel de su vida!

—No le hagais hablar mucho y distraedle, quedamos en eso ¿no es verdad?

Arriba no fué Bautista, el veterano soldado tan adicto á su amo, el que salió á abrirle la puerta, sino un hombre muy joven en el que Pedro no se fijó al principio. Encontró el gabinete como siempre, tan sencillo, tan blanco, con su modesto papel claro de florecitas azules, su humilde cama de hierro detrás de un biombo, sus cuatro tablas colgadas en la pared sirviendo de biblioteca, su mesa de madera negra y sus dos sillas de asiento de anea por todo mobiliario. Y por la anchura de la ventana sin cortinas, veíase siempre el mismo admir-

ble panorama de Roma, toda esta, hasta los lejanos arboles del Janículo, una Roma aplastada aquel día bajo un cielo de plomo é invadida por la sombra de una pesada tristeza. El viejo Orlando no había cambiado empero, con su hermosa cabeza de león encanecido, su gesto poderoso, sus ojos de juventud que tenían aún el fulgor de las pasiones que habrán rugido en su alma de fuego. Pedro le encontró sentado en el mismo sillón, al lado de la misma mesa cubierta también de periódicos, las piernas envueltas, sepultadas en la misma manta negra, como si aquellas piernas muertas le hubiesen inmovilizado allí en una funda de piedra, hasta el extremo de que pasados meses, años de distancia, se tenía la seguridad de encontrarle sin ningun cambio posible, con su busto viviente, su rostro que estallaba de fuerza y de inteligencia.

Aquel día gris, triste, parecía sin embargo influir algo en él, pues estaba abatido y tenía el rostro sombrío.

—¡Ah! Ya estáis aquí, señor Froment. Hace tres días que me estoy acordando de vos y vivo los atroces días que debísteis sufrir, en ese trágico palacio Bocca-nera. ¡Dios mío! ¡Qué duelo más espantoso! Tengo el corazón trastornado, y estos periódicos acaban de trastornarme el alma con los nuevos detalles que dan.

Y señaló los periódicos esparcidos sobre la mesa, apartando después con el gesto esa sombría historia, esa imagen de Benedetta que le perseguía como una obsesión.

—Vamos ¿y vos?

—Me marcho esta noche y no quise abandonar á Roma sin estrechar vuestras manos valerosas.

—Os marcháis, ¿y vuestro libro?

—Mí libro... Me recibió el Santo Padre y me somatí reprobando mi libro.

Contemplóle Orlando con fijeza. Reinó un cortosilencio, durante el cual sus ojos se fijaron acerca de caso todo lo que tenían que decir. Y ni el uno ni el otro tenían necesidad de una explicación más amplia. El anciano dijo sencillamente á manera de conclusión:

—Hicísteis muy bien, porque vuestro libro era una quimera.

—Sí, una quimera, una nifería que yo mismo comendé en nombre de la verdad y de la razón.

Una sonrisa reapareció en los labios dolorosos del héroe aniquilado.

—Entonces, ¿habéis visto, comprendéis y sabéis ahora?...

—Sí, ya sé, y esa es la razón que hizo que no quisiera marcharme sin sostener antes con vos la franca y leal conversacion á que estábamos comprometidos.

Fué aquello una alegría para Orlando; pero pronto pareció que se acordaba de aquel joven que había ido á abrir la puerta y que ocupaba otra vez modestamente su sitio en una silla, aparte, á un lado, al pie de la ventana. Era casi un adolescente, apenas tenía veinte años y si un tipo de belleza rubia como florece algunas veces en Nápoles, con el largo cabello hecho bucles, color de lirio, boca de rosa y los ojos sobre todo de una languidez soñadora y de una dulzura infinita. Y el anciano conde lo presentó paternalmente. Angiolo Mascara, el nieto de uno de sus antiguos compañeros de armas, del épico Mascara de los Mil, que había muerto como un héroe con el cuerpo atravesado por cien heridas.

—Le hago venir para sermonearle,—siguió diciendo sonriendo. ¡Imagináos que este mozalbete con sus aires de muchacha, ha dado en apasionarse por ideas nuevas! ¡Es anarquista! Figura entre las tres ó cuatro docenas de anarquistas que tenemos en Italia. En el fondo es un buen muchacho, que no tiene más que á su madre, á la que mantiene, gracias al empleo que le han dado y del que le echarán cualquier día de estos. Vamos, hijo mío, es preciso que me prometas ser razonable.

—Soy razonable; no lo son los otros, todos los demás. Cuando todos los hombres sean razonables, querrán la verdad y la justicia y el mundo será feliz.

—¡Ah! ¿Creéis que cederá?—exclamó Orlando—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡La justicia, la verdad! Pregúntale al señor abate si sabe en dónde están. ¡En fin, es preciso darte tiempo para que vivas y lo veas y comprendas todo!

Y sin ocuparse más de Angiolo, se volvió hácia Pedro. Angiolo se estuvo quieto y silencioso en su rincón con aire muy prudente, fijando con ansia sus ojos en los dos interlocutores y con las orejas abiertas y extremecidas para no perder ni una sola palabra de lo que iban á decir.

—Bien os dije yo, querido señor Froment, que vuestras ideas cambiarían y que el conocimiento de Roma haría que adquiriéseis ideas más exactas, y que esto se conseguiría así mucho mejor que con cuantos discursos hubiese hecho tratando de convenceros. Jamás dudé que retiraríais vuestro libro de buen grado, como quien cometió un error más ó menos grave, y en cuanto las cosas y los hombres os hubiesen enterado acerca del Vaticano... Pero ¿no es verdad que será lo mejor?

Dejemos á un lado el Vaticano, pues que por allí no hay nada que hacer más que dejarle que se vaya derrumbando en su lenta é inevitable ruína. Lo que me interesa á mí, lo que me apasiona aún, es la Roma italiana, nuestra Roma tan amorosamente conquistada, tan febrilmente resucitada, á la que tratáis como cantidad sin valor, y á la que visteis y examinásteis, de manera que podemos hablar de ella como personas que se comprenden, ahora que ya la conocéis.

A continuación concedió mucho, confesó las faltas cometidas, reconoció el estado deplorable de la Hacienda, las graves dificultades de todas clases como hombre inteligente y de buen sentido que, imposibilitado por la parálisis y alejado de la lucha, disponía de días enteros para reflexionar é inquietarse. ¡Ah! ¡Su conquista! ¡Su Italia adorada, por la que diera aún la sangre de sus venas, por qué mortales inquietudes, por qué indecibles sufrimientos estaba pasando aún! Pecaron por legítimo orgullo, andaron muy de prisa queriendo improvisar un gran pueblo soñando convertir á Roma en una gran capital moderna con solo hacer un movimiento con la varita. Y de ahí esa locura de los barrios nuevos, esa loca desenfrenada especulación sobre terrenos y edificios que llevó á la nación á dos dedos de la bancarrota. Pedro le interrumpió con mucha dulzura para decirle la fórmula que ideara acerca de Roma, después de sus paseos y de sus estudios.

—¡Oh! Esa fiebre, esa ansia del despojo, cálido aún de primera hora, ese desastre financiero, no son nada, porque las heridas del dinero se restañan; pero lo más grave es que vuestra Italia está aún por hacer... Aquí no hay aristocracia, no hay pueblo, no se ve más que una burguesía, una clase media nacida ayer con apeti-

to tan devorador que segará en hierba la rica recolección futura.

Quedáronse silenciosos, y Orlando meneó tristemente la cabeza de león viejo en adelante impotente. La clara dureza de la fórmula le hirió en el corazón.

—Sí, sí, eso es; juzgásteis bien. ¿A qué mentir y á qué decir que no, cuando los hechos están ahí evidentes á los ojos de todos? Esa burguesía ¡Dios mío! esa clase media, de la que ya os hablé, tan codiciosa de empleos, colocaciones, honores, distinciones, devorada por el afán de figurar, y con esto, tan avara, tan desconfiada para su dinero que lo coloca en los Bancos, sin quererlo arriesgar nunca en el comercio ó en la industria, abrasada por la única necesidad de gozar sin hacer nada, con tanta poca inteligencia que no ve que mata á su país con su asco al trabajo, su desprecio al pueblo, su única pasión de vivir modestamente tomando el sol y con el humillo de vanidad de pertenecer á una corporación ú oficina cualquiera... Y esa aristocracia que se muere, ese patriciado sin corona, arruinado, herido además con el basteardeamiento de las razas que concluyen, el mayor número de sus miembros reducidos á la miseria, los otros, los contados que han conservado su dinero, están abrumados por impuestos demasiado gravosos, no pudiendo contar más que con fortunas muertas, incapaces de renovación, disminuidas por las continuas particiones entre herederos y destinadas á desaparecer con los mismos príncipes entre el hundimiento de sus palacios vetustos, hoy completamente inútiles... Y por último, el pueblo, ese pobre pueblo que ha sufrido tanto, que sufre aún, pero que está tan acostumbrado á sufrir que parece que no concibe siquiera la idea de salir de su miseria, que es ciego

y sordo, llevando las cosas tal vez hasta el extremo de echar de menos la antigua esclavitud, con [el atontamiento estúpido de bestia en un estercolero, con una ignorancia total, la ignorancia abominable que es la causa de su miseria, sin esperanza, sin mañana, sin ese consuelo de comprender que esta Italia, esta Roma son para él, y que sólo para él las hemos conquistado y tratamos de resucitarlas con su antigua gloria... Sí, sí, la aristocracia pasó, no hay aún pueblo, y la burguesía, la clase media no produce más que inquietudes, ¡cómo no dejarse arrastrar á las veces por el pesimismo, de los que pretenden que todas nuestras desgracias no son nada aún, que caminamos á catástrofes mucho más tremendas, como si no estuviéramos más que en los primeros síntomas del fin de nuestra raza, precursores de nuestra desaparición total!

Al decir esto levantó hácia la ventana, hácia la luz sus brazos temblorosos y Pedro, nuevamente conmovido se acordó de ese mismo gesto suplicante que había visto hacer la víspera al cardenal Boccanera en su llamamiento al poder divino. Ambos, tan opuestos en sus creencias, tenían la misma grandeza desesperada y bravía.

—Os lo dije el primer día; no hemos querido, sin embargo más que las cosas lógicas é inevitables de esta Roma con su pasado de esplendor y de dominación, que nos abrumba tan pesadamente, no podíamos dejar de tomarla como capital, por que ella sola era el lazo, el símbolo viviente de nuestra unidad, al mismo tiempo que la promesa de eternidad, la primavera de nuestro gran sueño de resurrección y de gloria.

Continuó reconociendo todas las desastrosas condiciones de Roma capital; una ciudad de adorno, con

suelo agotado, que permaneció apartada del movimiento moderno, una ciudad malsana, sin industria ni comercio posibles invenciblemente invadida por la muerte en medio del desierto estéril de su campiña. La mostró luego ante las otras capitales que la envidian; Florencia, que llegó á ser tan indiferente tan excéptica, con un buen humor de indolencia venturosa inexplicable después de las pasiones frenéticas y de las oleadas de sangre de su historia; Nápoles, á la que basta aún su límpido cielo con su pueblo niño y que no sabe si debe quejarse de su ignorancia y de su miseria puesto que parece que goza tan perezosamente; Venecia, resignada á no ser más que una maravilla del arte antiguo, que debería colocarse bajo una campana de cristal para que se conservase intacta y adormecida en el fausto y en la soberanía de sus anales; Génova, entregada por completo á su comercio, activa y ruidosa, una de las últimas reinas del Mediterráneo, de ese hoy lago ínfimo que en tiempos fué mar opulento, centro en el que se amontonaron las riquezas del mundo; Turín y Milán sobre todo, las industriales, las comerciales, tan llenas de vida, tan modernizadas que los turistas las desdeñan no considerándolas como ciudades italianas, salvadas ambas del sueño de las ruínas y dentro de la evolución occidental que prepara el siglo próximo. ¡Ah! ¿Sería preciso dejar que esa Italia antigua se fuese hundiendo, semejante á un polvorento museo y para consuelo y placer de las almas artistas, como sucede con las pequeñas ciudades de Gran-Grecia, de la Umbría y de la Toscana semejantes á esas antiguallas exquisitas que nadie se atreve á restaurar por temor á echar á perder el carácter que tienen? O la muerte próxima é inevitable, ó el pico de los demoleedores, los muros medio de-

ruídos derribados al suelo, creándose por todas partes ciudades de trabajo, de ciencia, de higiene, en fin una Italia nueva que saliese verdaderamente de sus cenizas hecha para la nueva civilización en que entra la humanidad!

—Pero ¿á qué desesperar?—añadió con tesón.—Por mucho que Roma pese sobre nuestros hombros no por eso deja de ser la cabeza que hemos querido. Estamos permanezcamos pues esperando los acontecimientos. A parte de esto, si la población ha dejado de aumentar, si quedó estacionaria en unas cuatrocientas mil almas aproximadamente, esa oleada ascendente puede continuar el día en que desaparezcan las causas que la detuvieron. Cometimos la torpeza de creer que Roma iba á ser un Berlín, un París, más al presente parecen oponerse á ello una porción de condiciones sociales, históricas y hasta étnicas; pero quien sabe las sorpresas que nos reserva el mañana ¿acaso no debe infundirnos esperanza la sangre que circula por nuestras venas, esa sangre de los antiguos conquistadoras del mundo? Yo, que no me muevo de esta habitación, con mis dos piernas muertas, que estoy aniquilado, postrado, tengo horas en que la locura se apodera de mí, en que creo en Roma como en mi madre, en que la veo invencible, inmortal, y en las que espero á los dos millones de habitantes que deben venir á poblar esos tristes barrios nuevos que visitásteis encontrándolos arruinados y vacíos ya. Indudablemente vendrán ¿y por qué no han de venir? Ya vereis, ya vereis como se puebla todo y será necesario construir aún más. Y, después, francamente ¿se puede decir que una nación es pobre cuando posee la Lombardía? ¿No es también de una riqueza inagotable nuestro mediodía? Dejad que se haga la paz y el Norte se

fundirá con el Mediodía y será toda una generación de trabajadores y puesto que el suelo es tan fértil será necesario que algún día crezca la gran recolección esperada y se madure bajo el sol ardiente!

El entusiasmo le impulsaba y un arranque de juventud iluminó sus ojos. Pedro se sonrió; le había conquistado y, cuando pudo hablar, dijo á su vez:

—Es preciso empezar el problema por abajo, por el pueblo. Es preciso hacer hombres.

—¡Perfectamente! ¡Eso es!—exclamó Orlando.—No dejo de decirlo: es preciso hacer Italia. Se diría que el viento del Este se llevó á otra parte, muy lejos de nuestra tierra la semilla de los pueblos vigorosos y potentes. No es nuestro pueblo como el vuestro, como el francés, un depósito de hombres y de dinero en el que se sucede coger á manos llenas. Ese es el depósito inagotable que quisiera crear entre nosotros. Por eso es por lo que hay que obrar de abajo arriba; escuelas en todas partes, la ignorancia expulsada, la brutalidad y la pereza combatidas con los libros; la instrucción moral y material que nos darán ese pueblo trabajador que tanta falta nos hace, si no queremos desaparecer del concierto de las grandes naciones. Lo digo aún á veces ¿para quién hemos trabajado apoderándonos de Roma y queriendo crearla una tercera aureola, si no es para la democracia de mañana? ¡Y cómo se explica que todo se hunda y que nada crezca ni arraigue con vigor desde el momento en que esa democracia está radicalmente ausente? Sí, la solución del problema no está en otra parte: ¡Crear un pueblo! ¡Crear una democracia italiana!

Pedro se calmó é inquieto no se atrevió á decir que una nación no se modificaba tan fácilmente, y que Ita-

lia era lo que el suelo: la raza y la historia habían hecho de ella, y quererla transformar de repente, podía ser una tarea peligrosa. Los pueblos, lo mismo que las criaturas, ¿no tienen una juventud activa, una edad moderna resplandeciente, una vejez más ó menos lenta, que va á parar á la muerte? ¡Una Roma moderna, democrática! ¡Gran Dios! Las Romas modernas se llaman París, Londres, Chicago. Por esto se limitó á decir prudentemente:

—Pero mientras esperáis ese gran trabajo de renovación por el pueblo, ¿no os parece que obraríais muy acertadamente siendo prudentes? Vuestra Hacienda está en muy mal estado, atravesáis graves dificultades sociales y económicas y corréis el riesgo de sufrir aún peores catástrofes antes de tener hombres y dinero. ¡Ah! ¡Qué hombre más prudente sería aquél de vuestros ministros que dijese en la tribuna: «Nuestro orgullo se equivocó; hemos cometido un grave error al querer improvisar una gran nación de la noche á la mañana, cuando hace falta más tiempo, trabajo y paciencia, y consentimos en no ser por ahora más que un pueblo joven que se recoje y trabaja en su rincón para fortificarse sin querer desempeñar hasta dentro de bastante tiempo un papel dominador; y desarmarnos, borrar nos del presupuesto de Guerra, el de Marina, todos los presupuestos de ostentación exterior para no consagrarnos más que á la prosperidad interior, á la instrucción, á la educación física y moral del gran pueblo que juramos seremos dentro de cincuenta años.» Sí, contenerse; contenerse, vuestra salvación está en eso.

Orlando le escuchó poniéndose sombrío otra vez y entregándose á una ansiosa cavilación. Hizo un gesto cansado y vago, diciendo á media voz:

—¡No! ¡No! Darían una grita al ministro que se atreviese á decir semejante cosa. Sería una confesión demasiado dura, que no se puede pedir á un pueblo. Los corazones saltarían, se saldrían de los pechos. Y además, ¿no sería más grande el peligro si se dejase que se viniese abajo todo lo hecho hasta aquí? ¡Cuántas esperanzas abortadas! ¡Cuántas ruínas! ¡Cuántos materiales inútilmente esparcidos! No, no nos podemos salvar más que con paciencia y valor. ¡Adelante! ¡Adelante siempre! Somos un pueblo muy joven y hemos querido hacer en cincuenta años la unidad para la que otras naciones necesitaron doscientos años. Pues bien, hay que pagar esa prisa, es preciso esperar á que la recolección esté á punto, que madure para llenar nuestras granjas.

Con un nuevo gesto pareció encerrarse en su esperanza.

—Ya sabéis que nunca fui partidario de la alianza con Alemania. Conforme predije, nos arruinó. No tenemos aún estatura para ir en compañía de tan rica y poderosa persona; á causa de esa guerra, á cada momento esperada, inevitable y sin cesar próxima, es por lo que sufrimos tan cruelmente con nuestros presupuestos de gran nación que nos aplastan. ¡Ah! Esa guerra que no ha venido consumió lo mejor de nuestra sangre, de nuestra sávia y de nuestro oro y sin provecho alguno. Hoy no tenemos que hacer más que romper con una aliada que engañó nuestro orgullo, sin que nunca nos haya servido para nada y sin que la debamos más que desconfianzas y malos consejos. Pero todo eso era inevitable, y es de lo que no quieren convencerse en Francia. Puedo hablar con entera libertad, porque soy amigo declarado de Francia, y hasta me miran aquí por lo mismo con cierta prevención. Explicádselo á vuestros

compatriotas, puesto que se empeñan en no quererle comprender, que al día siguiente de la conquista de Roma y con nuestro deseo frenético de recobrar el rango de antaño, necesitábamos desempeñar nuestro papel en Europa, afirmarnos, como potencia con la que se tendría que contar en adelante. Y la vacilación no estaba permitida; todos nuestros intereses parecían impulsarnos hácia Alemania, pues había en todo ello una cegadora evidencia que se imponía. La dura ley de la lucha por la vida, pesa sobre los pueblos tan fatalmente como sobre los individuos: esto es lo que explica y justifica la ruptura de las dos hermanas, el olvido de tantos lazos comunes, de la raza, de las relaciones comerciales y hasta si queréis, de los servicios prestados. Las dos hermanas ¡sí! que ahora se desgarran mutuamente, que se persiguen con un rencor tal, que de una y otra parte, no parece sino que se perdió el sentido común. Mi viejo corazón sangra con ese sufrimiento cuando lee los artículos de vuestros periódicos y de los nuestros que se cambian como flechas envenenadas. ¿Cuándo cesará esa fratricida matanza? ¿Cuál de las dos será la primera que comprenda la necesidad de la paz, de esa alianza de las razas latinas que se impone si es que quieren vivir, ante la oleada cada vez más invasora de las otras razas?

Y alegremente, con su aire bonachón, de héroe desarmado por la edad y refugiado en la meditación, añadió:

—¡Vamos! Me váis á prometer, querido señor Fremont, ayudarme en cuanto volváis á París. Juradme que en vuestra esfera de acción por muy restringida que sea, trabajaréis para hacer la paz entre Francia é Italia porque no hay tarea más santa que esa. Pasásteis tre-

meses á nuestro lado y podréis decir lo que habéis visto y oído, ¡oh! y con entera franqueza. Si hemos cometido errores no estáis tampoco exentos de ellos. ¡Y que diablos! ¡Las disputas entre familia no pueden ser eternas!

—Sin duda,—respondió Pedro,—pero por desgracia esas disputas son las más tenaces. En las familias cuando la sangre se exaspera contra la sangre, se llega á veces hasta el veneno y el puñal. No hay perdón posible.

Y no se atrevió á decir todo lo que pensaba. Desde que estaba en Roma y escuchaba y juzgaba esa querrela entre Francia é Italia se resumía en un hermoso cuento trágico. Había una vez dos princesas nacidas de una reina todo poderosa soberana del mundo. La mayor, que heredó el reino de su madre tuvo el secreto pesar de ver que la menor, establecida en un país inmediato, iba creciendo en riqueza, en fuerza, en esplendor, mientras que ella declinaba como debilitada por la edad, desmembrada, tan cansada y tan lastimada que se vió derrotada el día en que hizo un esfuerzo supremo para reconquistar la soberanía universal. Con que amargura, con que herida siempre sangrando vió á su hermana reponerse de las más tremendas sacudidas, recobrar su esplendor deslumbrador y reinar sobre la tierra con su fuerza, su gracia y su ingenio. Jamás la perdonaría fuese cualquiera la actitud con respecto á ella, á aquella hermana envidiada y aborrecida. Esa era la herida en el costado, manando siempre sangre é incurable, esa vida de la una emponzoñada por la vida de la otra, ese rencor de la sangre caduca contra la sangre joven que no se calmaría más que con la muerte. Y hasta en el día quizás próximo que se hiciese la paz entre ellas, ante el evidente triunfo de la



menor la otra conservaría en lo más profundo de su corazón el dolor sin fin de ser la primogenita y la vassalla.

—De todos modos contad conmigo,—respondió Pedro.—Es en efecto, un gran dolor, un gran peligro esa enconada disputa entre dos pueblos... pero no diré de vosotros más que lo que creo es verdad pues soy incapaz de hacer otra cosa. Temo mucho que esa verdad no os guste, porque no estáis preparado para ella ni por costumbre ni por temperamento. Los poetas de todas las naciones que han venido aquí y que han hablado de Roma con su cultura clásica, os embelesaron con tales alabanzas, que no parecéis hechos para oír la verdad real acerca de la Roma de hoy. En vano se trataría de la parte soberbia porque de todos modos habría que llegar á la realidad de las cosas y precisamente es esa realidad la que no queréis admitir, aunque no sea más que como amantes de la belleza, muy susceptibles, semejantes á esas mujeres que perdieron su belleza, y á las que desespera la menor observación que se las hace acerca de sus arrugas.

—Sí, por cierto,—dijo Orlando echándose á reír con una risa infantil,—siempre conviene embellecerse algo, ¿á qué hablar de rostros feos? A nosotros no nos gusta en el teatro más que la buena música, los lindos bailes, y los trozos ú obras que agradan. Lo demás, lo desagradable, ¡oh, Dios! ¡Eso ocultémoslo!

—Pero es que confieso de muy buena voluntad y en seguida el error capital de mi libro,—replicó el presbítero.—Esa Roma italiana que descuidé para sacrificarla á la Roma papal, con cuyo despertar soñé, existe y tan triunfante y poderosa ya que es seguramente la otra la que está condenada á desaparecer con el tiempo.

Como he observado, en vano se empeñará el papa en ser inmutable en el Vaticano, cada día más agrietado y amenazando ruína, porque todo evoluciona á su alrededor, la sociedad negra se ha convertido en la ciudad gris al mezclarse con la sociedad blanca. Y nunca lo comprendí mejor que en el baile que dió el príncipe Buongiovanni, para celebrar los esponsales de su hija con vuestro sobrino. Salí encantado de allí y conquistado para la causa de vuestra resurrección.

—¡Ah! ¡Estuvisteis!—exclamó el anciano cuya mirada centelleó.—¿No es cierto que presenciásteis un espectáculo inolvidable y que no sospechábaseis nuestra vitalidad del pueblo que seremos cuando se venzan todas las dificultades de hoy? ¡Qué importa un cuarto de siglo, ni un siglo! Italia renacerá con su antigua gloria en cuanto el gran pueblo de mañana haya surgido de la tierra. Es muy cierto que execro al tal Sacco, porque en mi concepto es la encarnación de los intrigantes, de los ansiosos de goce, cuyos apetitos lo retrasaron todo al arrojarle sobre el cálido despojo de nuestra conquista que nos costará tantas lágrimas y tanta sangre; pero renací en mi muy querido Attilio, verdadera carne de mi carne, tan lleno de ternura y tan valiente que será el porvenir, la generación de personas valerosas cuya llegada instruirá y purificará al país. ¡Ah! ¡Qué el gran pueblo de mañana nazca de él y de Celia, la adorable princesita á la que Stefana, mi sobrina, mujer muy razonable en el fondo, acompañó aquí el otro día para presentármela. Si hubieseis visto á esa niña abrazarse á mi cuello, dándome los nombres más cariñosos, diciéndome que sería el padrino de su primer hijo para que se llamara como yo y salvase á Italia una segunda vez... ¡Sí! ¡Sí! ¡Que la paz reine alrededor de esa cuna;

que el casamiento de esos jóvenes sea la unión indestructible entre Roma y la nación entera, que todo se restaure y resplandezca en su amor!

Las lágrimas asomaron á sus ojos, y Pedro, al que conmovió aquella llamarada inextinguible de patriotismo que ardía aún en el héroe imposibilitado, quiso halagarle.

—Ese voto,—dijo,—fué el que hice yo también en la fiesta de sus esponsales, diciendo á vuestro hijo poco más ó menos lo que acabáis de decir. ¡Sí! ¡Qué sus bodas sean definitivas y fecundas; que nazca de ellas el gran país que os deseo con toda mi alma que seáis, ahora que aprendí á conocerlos!

—¡Dijísteis eso!—exclamó Orlando.—¡Dijísteis eso! Vamos, entonces os perdono vuestro libro, comprendísteis al fin, y la nueva Roma ¡ahí la tenéis! Esa Roma que es la nuestra, que queremos rehacer para que sea digna de su pasado glorioso y una tercera vez reina en el mundo!

Con uno de sus expresivos gestos en los que ponía todo lo que le quedaba de vida, señaló á través de la rasgada ventana sin cortinas, el inmenso panorama que se desarrollaba. Roma extendida á lo lejos, de un extremo del horizonte al otro. Bajo el cielo de color de pizarra, bajo ese duelo de invierno tan raro, la ciudad adquiría una especie de majestad más elevada, la melancólica grandeza de una ciudad reina, hoy día decadida aún y que espera muda é inmóvil en el pesado aire el despertar ruidoso, la realeza reconocida al fin por todos y que de nuevo la han prometido. Desde los barrios nuevos del Vaticano hasta los lejanos árboles del Janículo, desde los rojos tejados del Capitolio á las verdes cimas del Pincio, la oleada de las terrazas, de las

torres, de las cúpulas, tenía todo una extensión de océano, con un balanceo continuo de olas profundas y grises.

De una manera brusca volvió Orlando la cabeza y apostrofó, impulsado por un acceso de paternal indignación, al joven Angiolo Mascara:

—¡Y tú, desventurado, ahí tienes á nuestra Roma que quieres destruir con tus bombas, que dices quieres arrasar como una casa ruinosa y podrida, con objeto de librar para siempre á la tierra!

Angiolo, hasta entonces silencioso, escuchó apasionadamente toda la conversación. En su rostro imberbe de belleza de joven rubia, reflejábanse las menores impresiones como instantáneos rubores, y sobre todo, sus ojos centellearon cuando oyó hablar del pueblo, de ese pueblo nuevo que había que crear.

—Sí,—dijo lentamente con su pura voz musical.—Sí, arrasarla pasa no dejar ni una sola piedra; pero destruirla para reconstruirla!

—¡Ah!—exclamó Orlando, interrumpiéndole con risa de cariñosa burla.—Es una suerte que se te haya ocurrido la idea de reconstruirla.

—La reconstruiría,—repitió el adolescente poniéndose en pie y con voz temblona de profeta inspirado,—sí, la reconstruiría; pero grande, hermosa y noble. ¿No se necesita para la democracia de mañana, para la humanidad al fin libre, una ciudad única, el arco de la alianza, el centro mismo del mundo? ¿Es que no es Roma la designada, la que las profecías señalan como eterna é inmortal, aquella en que se cumplirán los destinos de los pueblos? Pero para que sea el santuario definitivo, la capital de los reinos destruídos, en la que se

reunirán una vez al año los sabios de todos los pueblos se la debe purificar primero por el fuego para que quede nada en ella de las antiguas mancillas. Enseguida, cuando el sol haya consumido las pestilencias del vetusto suelo, la construiremos diez veces más hermosa, más grande que ha sido jamás. ¡Y qué ciudad, en fin, de verdad y de justicia, la Roma anunciada, esperada desde hace tres mil años, toda ella de oro y de mármol, llenando la campiña, desde el mar hasta los montes de la Sabina y á los montes Albanos, tan próspera y tan prudente, que sus veinte millones de habitantes vivirán con la alegría de existir después de haber reglamentado la ley del trabajo. ¡Sí! ¡Sí! Roma Madre y Reina, sola sobre la faz de la tierra y para toda una eternidad!

Admirado escuchóle Pedro, ¡cómo! ¿hasta eso había ido á parar la sangre de Augusto? Durante la Edad Media, los papas no habían podido ser los dueños de Roma sin experimentar la necesidad de reconstruirla, impulsados por su voluntad secular de reinar de nuevo sobre el mundo. Recientemente, cuando la joven Italia se apoderó de Roma, cedió enseguida á esa locura atávica de la dominación universal, queriendo á su vez convertirla en la más grandiosa de las ciudades, comprando barrios enteros para una población que no se le presentó. Y he ahí que hasta los anarquistas, en medio de su rabia de trastorno, estaban dominados por el mismo ensueño obstinado de la raza, desmesurado esta vez, pues querían una cuarta Roma monstruosa, cuyos arrabales acabasen por invadir los continentes con el objeto de poder albergar á la humanidad libertada reunida en una familia única. Era aquello el colmo y no había dado nunca prueba más extravagante de la sangre de

gullo y de soberanía que abrasára las venas de aquella raza desde que Augusto la dejó la herencia de su imperio absoluto con el furioso instinto de creer que el mundo le pertenecía legalmente y que tenía la misión, siempre próxima de reconquistarle. Esto surgía del mismo suelo, una sávia que embriagó á todos los hijos de ese mantillo histórico, que los empujaba á todos á convertir su ciudad en la Ciudad que reinó, que reinaría resplandeciente al llegar los días pronosticados por los oráculos. Y Pedro recordó las cuatro letras fatídicas S. P. Q. R. (1) de la antigua Roma gloriosa que encontraría por todo en la Roma actual, como una orden definitiva triunfo dada al destino, viéndolo en todas las murallas, en todas las insignias, hasta en los carros de los basureros municipales que por la mañana recogían las basuras. Comprendió Pedro la prodigiosa vanidad de aquellas gentes deslumbradas por la grandeza de sus abuelos, hipnotizados ante el pasado de su Roma, declarando que en esta se encierra todo, que es la esfinge encargada de dar un día la clave del universo, y tan grande, tan noble, que en ella todo se engrandece y ennoblece, que llegan hasta á exigir para ella el respeto idolátrico de la tierra entera en la vivaz ilusión de la leyenda en que se envuelve en medio de esa intrincada confusión de lo que ha sido grande y ya no lo es.

—¡Pues si yo la conozco tu cuarta Roma,—añadió Orlando, que se divertía de nuevo.—Es la Roma del pueblo, la capital de la República universal que Mazzini soñó antes. Es cierto que le añadía el papa... Ahí tienes, hijo mío, el por qué nosotros, los antiguos republicanos, nos hemos resellado. Nuestro temor fué el de ver que el país caía en poder de esos insensatos, de esos

(1) *Senatus populus que romanus.*